



¿Qué secretos esconden una antigua mansión  
y una plantación de té heredada?



# La isla de las mariposas

CORINA BOMANN



MAEVA

CORINA BOMANN

# La isla de las mariposas

¿Qué secretos esconden una antigua mansión  
y una plantación de té heredada?

*Traducción:*

VALENTÍN UGARTE



MAEVA

15 DE FEBRERO DE 1888

Queridísima Grace:

*No sé si a estas alturas me habrás perdonado. Supongo que no. Sin embargo, no puedo remediar escribirte.*

*En mi fuero interno te imagino sentada junto a la ventana de tu habitación, mirando hacia el jardín cubierto por la niebla y disgustada por cómo han salido las cosas. Con razón, y lo único que puedo decir es que lo siento en el alma.*

*Aquí las cosas han cambiado desde que te fuiste. ¡Cuánto te echo de menos! Y creo que papá también, aunque nunca lo reconozca. Se pasa horas encerrado en su despacho sin querer hablar con nadie. Mamá tiene miedo de que se vuelva salvaje (¡ya sabes lo exagerada que es!). Ella, por su parte, está completamente volcada en organizar una fiesta para animarlo. En realidad, solo quiere saber hasta qué punto ha tenido consecuencias el escándalo.*

*Probablemente esboces una amarga sonrisa al leer esta carta, si es que no la echas directamente al fuego de la chimenea. Espero de todo corazón que me des una oportunidad, pues tengo una noticia que tal vez te haga abrigar esperanzas.*

*Poco después de tu partida, él apareció ante mi ventana y me contó que iría a verte pronto. A modo de prenda me dio una cosa que he de guardar para ti, porque ya no tiene domicilio fijo. Seguro que un día te rapta de entre los viejos muros como en los cuentos, y a partir de entonces encontraréis la felicidad eterna.*

*Queridísima hermana, te prometo que siempre, pase lo que pase, estaré a tu disposición y a la de los tuyos. Si alguna vez os halláis en una situación de apuro, siempre tendréis la puerta de mi casa abierta, ya que estoy en deuda con todos vosotros.*

*Con todo mi afecto*

*Victoria*

# Prólogo

TREMAYNE HOUSE

1945

Una lluviosa tarde de octubre, la joven se presentó ante la antigua mansión señorial. La niebla envolvía el jardín y hacía que los sauces llorones, de cuyas ramas caían gotas como lagrimones, parecieran aún más desconsolados. El marchito follaje otoñal ribeteaba los caminos, en otro tiempo tan cuidados, y colgaba formando hilachas en la hierba, que llevaba una eternidad sin que la segaran.

En tensión e ignorando el reflejo de su rostro demacrado, la extraña espío a través del cristal de la puerta de entrada. Ya había tocado dos veces el timbre, pero no se veía a nadie. Sin embargo, se oían perfectamente voces procedentes del interior de la casa. Seguramente estaban tan atareados, que no hacían caso de la puerta.

Después de haber llamado en vano por tercera vez al timbre, la joven ya se disponía a darse la vuelta y marcharse, cuando de repente oyó pasos y, al cabo de un rato, apareció una mujer vestida con un uniforme de criada en el que ponía su nombre: Linda. Esta examinó severamente a la recién llegada, cuyo aspecto era como el de tantas mujeres que habían pasado penurias en la guerra. Pelo negro enmarañado, mejillas pálidas. Las ojeras daban testimonio del hambre y de las privaciones. Los zapatones desgastados, demasiado grandes para sus pies, le sobaban por todos lados. Bajo su ropa sucia y la gabardina agujereada se adivinaba la curva de una barriguita.

—Lo siento, pero estamos al completo —murmuró fríamente Linda.

La pálida mujer le tendió un sobre manoseado y lleno de manchas.

—Déselo, por favor, a la señora de la casa.

Sus palabras sonaban torpes, pues no estaba acostumbrada a hablar en inglés. No obstante, había en su ruego una determinación que no cuadraba con alguien que se había resignado a vivir en la calle. Linda examinó minuciosamente a la mujer, que en cierto modo parecía extraña, pero dado que esta no desistía de su empeño y sostenía la mirada de la criada de un modo casi desafiante, le aceptó el sobre.

—Un momento, por favor.

Aunque el momento se prolongó bastante, la mujer permaneció delante de la puerta como si se hubiera vuelto de piedra. No cambió el peso de una pierna a otra, ni tampoco se sentó, pese a que la barandilla baja le ofrecía esa opción. Tan solo se acariciaba suavemente la tripa, que albergaba su más valioso tesoro. La criatura que crecía en su interior merecía todas las penas y humillaciones.

En lugar de la criada aparecieron dos mujeres, una de unos cincuenta años de pelo castaño claro, y la otra más o menos de su edad, con el pelo rubio rojizo. Aunque la guerra también les había exigido sacrificios, parecía que les iba relativamente bien, a juzgar por el saludable color de sus rostros y sus formas redondeadas.

—¿Es usted Beatrice? ¿Beatrice Jungblut?

La mujer asintió con la cabeza.

—Sí, la hija de Helena. ¿Ustedes son las señoras Stanwick, verdad?

—Yo soy Deidre Stanwick, y esta es mi hija Emmely Woodhouse —respondió la mayor de las dos mujeres, a la que su hija se parecía.

Beatrice las saludó avergonzada porque notaba que no era bien recibida. Pero no le quedaba más remedio. Su propia vida no le interesaba; para entonces había corrido tantos peligros que la muerte ya no le asustaba. Sin embargo, su hijo debía tener la posibilidad de ver el sol y de disfrutar de la paz que reinaba desde hacía unos meses.

Después de que las dos se miraran muy elocuentemente, la mayor preguntó:

—¿Dónde está Helena?

—Murió durante un ataque, igual que mi marido —respondió la mujer.

—¿Y tú? —preguntó Emmely conmovida.

—Yo pude esconderme. —Con un gesto protector, se abrazó la tripa—. Mi madre me dijo que si a ella le pasaba algo, me dirigiera a vosotras.

De nuevo se miraron entre ellas; luego, Deidre preguntó:

—¿Tienes documentos que demuestren tu identidad?

Beatrice negó con la cabeza.

—Ardieron cuando nos dispararon desde los aviones de vuelo rasante.

Ya está, pensó. Ahora me pondrán de patitas en la calle. ¿Qué razón iban a tener para fiarse de mí? Todo es una insensatez, y el papel que he traído no es más que una promesa vana, hace tiempo olvidada.

—Bueno, pasa y hablaremos.

A la embarazada le llegó un olor a fenol y a muerte, mientras seguía a las dos señoras de la casa por un largo pasillo. Allí las heridas ulcerosas parecían afrontar la escasez de medicamentos y la falta de desinfectantes.

—Desde hace más de tres años tenemos un lazareto en casa —le explicó Emmely, a quien parecía incomodarle el silencio—. Las habitaciones están a reventar. Perdona que Linda haya querido echarte; no se lo tomes a mal, por favor. De momento estamos desbordadas por los que vuelven de la guerra y los que padecen hambre.

Beatrice miró tímidamente sus sucios zapatos.

—Cómo lo siento.

—Ya nos las arreglaremos —comentó Emmely con benevolencia, mientras posaba brevemente el brazo en el hombro de Beatrice—. Has venido al sitio adecuado.

Al oír estas palabras, Beatrice sintió un poco de vértigo. ¿Habría algún sitio adecuado para ella y su hijo? Lo que ella llamaba patria estaba en ese momento cubierto de sangre y ruinas...

Aunque la cocina era bastante grande, faltaba sitio, pues cada centímetro de suelo libre se aprovechaba para amontonar cajas, armarios y otros muebles. Siempre que no corrieran peligro de caerse, se apilaban unas cosas sobre otras. En el centro únicamente quedaba espacio para el hogar y una mesa con cuatro sillas.

—Uno acaba acostumbrándose incluso a las situaciones más espantosas —suspiró Deidre, mientras alcanzaba tres tazas del estante—. Antes tenía criados para esto, pero la guerra no solo le quita a uno la libertad, sino también todos los privilegios. Ahora comemos en la misma mesa que nuestros sirvientes, que en realidad ya no trabajan para nosotras.

Muy vagamente, Beatrice recordaba que su familia también había tenido una muchacha de servicio. El aspecto de su casa, de su habitación y de los vestidos que solía llevar estaba tan eclipsado por el sufrimiento que había padecido, que ya apenas recordaba cómo era su vida antes de que se instalara la locura de la guerra.

—¿Y la señora que me ha abierto la puerta? —preguntó Beatrice, mientras se sentaba en el sitio que le habían ofrecido.

—Linda es mi criada, pero solo lleva el uniforme por mantener las formas, pues la necesitamos en el lazareto. Mi hija y yo también ayudamos todo lo bienamente que podemos.

La mirada de Deidre se dirigió a su barriga.

—Yo también podría ayudar —se ofreció Beatrice, pero su tía negó con la cabeza.

—Podrías ayudar en la cocina, pero no en la enfermería. Correrías el riesgo de perder al niño si te contagiaran algún germen.

Su tono desmesuradamente energético asustó a Beatrice, a la que de nuevo le asaltaron las dudas. Que te hayan permitido sentarte con ellas en una cocina llena de trastos, no significa ni mucho menos que ya pertenezcas a la familia.

Cuando Deidre iba a decir algo más, la olla que había al fuego, detrás de ella, emitió un agudo pitido. Se levantó y trajo una tetera. El olor aromático del té produjo en Beatrice un efecto muy tranquilizador. Siempre le había resultado agradable; incluso

en el campamento de refugiados, al que llegó tras cruzar el Oder, solía proporcionarle una sensación hogareña. Gracias a ese aroma, por unos instantes le era posible soñar con su casa, con el rosal de su abuela Grace, con el pequeño invernadero en el que esta se afanaba por cultivar flores exóticas. Y en el que ella, de vez en cuando, pasaba horas contemplando distraídamente un arbusto de franchipán, mientras sostenía en la mano un papelillo del que su madre aseguraba siempre que era un horóscopo.

—Es un mísero té de Assam, pero por desgracia no tenemos otra cosa. —Deidre la sacó de sus pensamientos, al tiempo que le ponía la taza delante.

El color del té hacía visibles las finas estrías del esmalte, de modo que formaban unas venas oscuras en el interior de la taza.

*Assam, darjeeling, ceilán.* De pronto se le representaron los bonitos letreros de los recipientes de la cocina de la abuela. Con todo primor, esta escribía las letras en un papel y las adornaba con un dibujito que representaba las hojas y las flores del té. A esas alturas ya no quedaba nada de todo aquello, tampoco de la casa del capitán en el mar Báltico, ni del jardín ni del invernadero.

Las mujeres tomaron el té en silencio, cada una sumida en sus pensamientos. De repente, la mirada de Deidre parecía perdida en la lejanía, como si buscara algo; Emmely no le quitaba ojo a Beatrice, que hacía como que la ignoraba mientras, para sus adentros, imaginaba la cara de la abuela.

Qué raro que me acuerde ahora de ella y no de mi madre, pensó, al tiempo que mentalmente repasaba las finas líneas de su cara, paseaba la mirada por el cabello pelirrojo, que era su herencia escocesa, y contemplaba la piel blanca con tendencia a las pecas. Qué envidia le daba de niña la piel blanca y luminosa de la abuela. En cambio, su madre, Helena, y ella eran de tez más bien oscura, con el pelo negro y rizado y unos ojos curiosamente rasgados de los que la abuela solía decir que eran heredados de la familia de su marido. Desgraciadamente su abuelo, el capitán, había muerto antes de que ella naciera.

—Por hoy te quedarás aquí —decidió Deidre, cuando regresó de sus remotos pensamientos—. Dormirás en la habitación de mi hija, y Emmely dormirá esta noche conmigo.

—Pero... —empezó Emmely, que sin duda prefería compartir su habitación con la recién llegada.

—No hay «pero» que valga. Nuestra invitada tendrá una habitación para ella sola. —La mirada penetrante de Deidre puso fin a la discusión—. Ve arriba y enséñale la habitación a Beatrice. Luego prepáralo todo. Mientras tanto, yo volveré al hospital.

Dicho esto, se levantó y salió a grandes zancadas. Las dos jóvenes se miraron tímidamente.

—Siento lo que les pasó a tu madre y a tu marido —dijo finalmente Emmely, poniendo suavemente la mano sobre los mugrientos dedos de su interlocutora—. Siempre resulta duro perder a los seres queridos.

—¿Has perdido tú también a alguien en la guerra? —le preguntó Beatrice, viendo que Emmely tenía un aspecto de lo más saludable.

A esta se le congeló la sonrisa.

—Sí —contestó, esforzándose por mirar a su taza de té—. A mi hijo.

—¿Perdió la vida durante algún ataque?

Beatrice había oído que Londres fue bombardeado.

Sin embargo, Emmely negó con la cabeza.

—Aborté al quinto mes. A mi marido acababan de mandarlo al frente. Ni siquiera sé si aún sigue vivo. Seguramente cree que nuestro hijo ya sabe andar.

¡Y aun así me consuela!, pensó Beatrice. La cruz que lleva a cuentas pesa igual que la mía.

—Bueno, ya hablaremos de eso en otra ocasión. —Emmely se levantó y apartó de sí el recuerdo con una sonrisa de amargura—. Ven, te enseñaré tu habitación. Es muy bonita y habríamos cabido perfectamente las dos, pero si mi madre quiere que le ronque un poco esta noche...

Emmely la condujo por un laberinto de pasillos. Pasaron por un antiguo salón de baile que ahora estaba lleno de camas, una

al lado de otra, y colchones por el suelo. Luego subieron unas escaleras. En los pasillos de arriba también se apilaban muebles y cajas que habían tenido que ser trasladados de otras habitaciones. Al rozar con el brazo una de las cajas, sonó un agudo tintineo de vidrio o de cristal. Probablemente, todas las cosas empaquetadas y guardadas esperaban, como las personas, a que volviera la paz.

—Ya hemos llegado.

Emmely abrió una puerta ancha de doble batiente. Dentro, la habitación estaba caldeada y parecía bastante recogida. Los dibujos de florecitas del papel de la pared habían palidecido, pero todavía se adivinaba lo bonita que tenía que haber sido la estancia en otro tiempo. Al pie de las altas ventanas, cubiertas por unos visillos que amarilleaban ligeramente, había unos cuadros puestos del revés cuyos marcos dorados resplandecían a la luz.

Lo que más le impresionó a Beatrice fue la cama. Jamás en su vida había visto una cama tan sólida ni tan ancha; ocupaba gran parte de la habitación. De los respaldos de dos sillas colgaban los vestidos que más se ponía Emmely; el armario ropero, cuyas puertas se encontraban un poco desvencijadas, estaba abarrotado de otras prendas.

—Si quieres te regalo un vestido —se ofreció Emmely—. Lo que llevas puesto no tiene arreglo ni con un zurcido.

—Gracias. Yo...

—¡Ven para acá! —Emmely se acercó a una de las cómodas y la abrió. Dentro había diferentes prendas, desde ropa interior, pasando por faldas y blusas, hasta jerséis y chales—. ¿Qué quieres de todo esto?

—Yo...

—Anda, no seas tímida.

—Pero si ni siquiera sé si me puedo quedar. Tu madre...

—Bah, mamá acabará cediendo, te lo aseguro. —Emmely pescó del cajón una blusa de color rosa claro con cuello marinero y un delicado bordado—. Creo que esta te sentará a ti mejor que a mí. Ni siquiera sé por qué me encapriché con ella. Mira mi pelo rojo: ¡con el rosa no pega de ninguna manera...!

Antes de que Beatrice pudiera oponerse, Emmely ya le había puesto la blusa ante el pecho.

—¡Lo sabía! A ti, con tu pelo oscuro y la piel dorada, este color te sienta mucho mejor.

—Pero ¿qué me dices de la tripa? —objetó Beatrice—. Dentro de dos semanas ya no me cabrá.

—Para entonces ya te habré tejido un jersey. Además, de todas formas eres más menuda que yo. ¡A tu lado parezco un elefante!

Las dos mujeres se miraron y luego soltaron una carcajada.

Emmely no se fue de la habitación hasta haber escogido para Beatrice una falda y una chaqueta de punto, así como ropa interior y medias.

—Ya te conseguiré también unos zapatos nuevos. Estamos organizando un acto de beneficencia; si encuentro un par de tu número, lo apartaré para ti.

Conmovida por la amabilidad con la que había sido recibida, Beatrice se desplomó en la cama. El blando colchón cedió bajo su peso, y la sábana desprendió un aroma a jabón de lavanda. Beatrice se estiró sobre la cama y, por vez primera, disfrutó de la sensación de estar cobijada. Y eso que no tenía claro cuánto tiempo podría quedarse.

Antes de que Emmely regresara con el agua, ya se le habían cerrado los ojos, de modo que no la oyó.

Por la noche, sin embargo, Beatrice fue víctima de una horrible pesadilla. De nuevo revivió en sueños cómo la separaban de su madre y de su marido, cómo estuvo a punto de ser aplastada por la multitud, y cómo luego, unas manos desconocidas tiraban de ella hacia arriba y la llevaban tras un arbusto, mientras por encima atronaban los aviones de vuelo rasante. Llena de impotencia, tuvo que contemplar cómo las balas caían sobre el convoy de refugiados, cómo su madre y su marido, que por culpa del asma no había sido llamado a filas, desaparecían entre un montón de cadáveres.

Creyendo que todavía se encontraba en el campamento americano de refugiados, se incorporó asustada, pero enseguida notó el calor y vio los rescoldos de la chimenea. Al otro lado de los ventanales reinaba el silencio. La luna, casi llena, se esforzaba por abrirse paso a través del velo de niebla y de las nubes que amenazaban lluvia.

Oyó unos pasos silenciosos por el pasillo. Un portazo. Al poco rato, unas voces atravesaron, amortiguadas, la pared. Beatrice no entendía lo que decían, pero la inquietud y el desasosiego la obligaron a arrimarse un poco a la pared y pegar el oído al pálido empapelado, que desprendía un olor extraño.

—¿Cómo vamos a saber si es ella realmente? Podría haberse encontrado la carta —dijo Deidre enojada.

¿Se lo habría pensado mejor? Pero entonces, ¿adónde iría Beatrice? En Inglaterra no conocía a nadie.

—No creo que se haya encontrado la carta —la defendió la más joven—. No contenía dinero. ¿Crees que a una vagabunda le puede interesar eso?

—Pues sí, si cree que va a recibir ayuda.

—¡Pero también ha tenido que contar con que conozcamos a la persona! —siguió contradiciéndola Emmely—. ¿Has visto su pelo? ¿Y su cara?

—Hay muchas chicas de pelo negro; a lo mejor se ha aprovechado de esa circunstancia.

—¡Madre! —exclamó Emmely en tono de reproche—. ¿No la has mirado detenidamente? ¡Pero si salta a la vista! Aunque sea la nieta, se ve perfectamente.

¿Qué es lo que salta a la vista?, se preguntó Beatrice, sin hacer caso de la sed y de la sensación de tener la lengua pegada al paladar. De repente, el corazón empezó a palparle como si tuviera fiebre; sus propios latidos volvían aún más confusas las voces. Se dio cuenta de que las dos mujeres sabían de ella algo que ella desconocía. Pero ¿qué?

Se hizo un largo silencio, a continuación del cual Deidre dijo:

—Ya sabes que tenemos las provisiones racionadas.

—Y tú sabes lo que decía siempre la abuela Victoria —objetó su hija.

—Ah, sí, aquello... —Daba la impresión de que algo se le había quedado estancado en la garganta; algo que quería salir, pero no podía—. ¡Bah, tonterías!

—De todas maneras, en el lecho de muerte le prometiste que seguirías sus instrucciones y, en caso de necesidad, ayudarías a la descendencia de Grace, tal y como ella se lo había prometido a su hermana —respondió tranquilamente la hija.

—Más le valdría no haberlo hecho... —dijo Deidre en tono de amargura, antes de enmudecer—. Luego se oyeron unos pasos por la habitación—. Bueno, está bien; se quedará hasta que tenga al niño. Luego ya veremos. También cumplimos con nuestra obligación si les buscamos a ella y a su hijo un alojamiento seguro. De todos modos, tampoco pueden quedarse más tiempo con el caos reinante.

—Pero algún día tendrá que acabar el caos...

Deidre debió de decir algo para que su hija se callara.

¿Se habrán dado cuenta de que las estoy escuchado?, se preguntó angustiada Beatrice. No, era imposible, pues a duras penas respiraba y seguía apoyada en la pared como una estatua volcada por el viento.

—Se quedará con nosotras hasta que tenga el hijo y luego ya veremos. Como habrás visto, se nos han desbaratado todos los planes, de modo que en este caso más nos vale no hacer ninguno.

Dicho lo cual, se hizo el silencio. Daba la impresión de que se habían acostado sin darse siquiera las buenas noches y poner así fin a sus desavenencias.

Al desaparecer la tensión de su cuerpo, Beatrice volvió a notar que le ardía la garganta. Agua. Necesito urgentemente algo de agua.

Apretando los dientes, se apartó de la pared. Por la postura tan incómoda en la que había estado le dolía la espalda y los tobillos, que tenía hinchados desde hacía un mes. De no ser por esa urgente necesidad de agua, se habría vuelto a tumbar a la espera de

conciliar el sueño. Pero si quería tranquilizarse, antes tenía que beber algo.

Fuera tanteó el interruptor de la luz, pero la lámpara no se encendió. ¿Se habría producido un apagón o es que también racionaban la corriente eléctrica? Beatrice recordó la gran caja de fusibles de su cocina; de vez en cuando había que desconectarlos para interrumpir la corriente.

En cualquier caso, los retazos de la luz de la luna le sirvieron para orientarse. Recorrió el pasillo, bajó las escaleras y luego giró a la derecha por la segunda puerta. De nuevo recorrió un pasillo que aún conservaba el olor a té.

Los escalones crujían pese a lo poco que pesaba, mientras descendía conteniendo la respiración. Al llegar al escalón de más abajo, tuvo que detenerse porque la sed le puso mal cuerpo y la hizo tambalearse. De repente, unas luces inexistentes parpadearon ante su mirada, y ni siquiera cerrando los ojos logró disiparlas.

Con el corazón en un puño, sus manos se aferraron a la barandilla de las escaleras. Con el rabillo del ojo percibió un movimiento. Una silueta ante la difusa luz que salía por las puertas de cristal del salón de baile.

—¿Va todo bien, señorita?

Por un acto reflejo, Beatrice iba a decir que sí, pero no pudo. No le salían las palabras.

—Señorita, soy el doctor Sayers —continuó el hombre, que al instante apareció en su campo de visión—. Yo la ayudaré.

Entonces a Beatrice le flaquearon las rodillas y se desmayó.

LIBRO PRIMERO  
EL SECRETO

# 1

BERLÍN, ABRIL DE 2008

Diana Wagenbach se despertó cuando la luz rojiza del amanecer le acarició la cara. Suspirando, abrió los ojos e intentó orientarse. El enorme tilo del jardín arrojaba su sombra sobre los altos ventanales del invernadero, que lindaba con el cuarto de estar. Unas manchas de luz salpicaban la alfombra granate, que protegía el viejo parqué de los arañazos. El aire estaba impregnado de un extraño olor. ¿Habría vertido alguien alcohol?

Diana tardó un rato en darse cuenta de cómo había ido a parar al sofá de cuero blanco. Aún llevaba puesta la ropa de la noche anterior, y tenía la negra melena rizada empapada en sudor y pegada a la frente y a las mejillas, así como los labios resecos.

—Ay, Dios mío —gimió mientras se incorporaba.

Le dolían los brazos y las piernas, como si la noche anterior hubiera estado arrastrando cajas de mudanza. Además, la mala postura en la que había dormido le había debilitado la espalda.

Al desplomarse en el respaldo, por poco le da un ataque. El cuarto de estar parecía un campo de batalla, no porque se hubiera celebrado una fiesta por todo lo alto, sino porque ella había perdido el control. Asustada, se frotó los ojos y las mejillas.

En realidad, Diana era una persona tranquila y algo más que paciente, en opinión de sus amigos. Pero el día anterior había visto a su marido, Philipp, con esa mujer. Es cierto que formaba parte de su trabajo hablar de negocios una vez concluida la jornada laboral. Pero lo que desde luego no formaba parte de su trabajo era besar apasionadamente a su interlocutora y acariciarle ansiosamente los pechos.

Ojalá me hubiera quedado en casa, pensó Diana, mientras se sentaba y se miraba los moratones de los brazos. Pues no; tuve

que ir a nuestro restaurante favorito pensando que, tras un duro día de trabajo, me merecía algo especial.

Mientras se levantaba del sofá e intentaba mover sus doloridos huesos, repasó de nuevo la noche anterior.

Naturalmente, no había tenido el valor de enfrentarse a Philipp allí mismo, en el restaurante. Antes de que él se diera cuenta, se fue corriendo a casa y, después de dar un portazo, se echó a llorar en el sofá. ¡Cómo podía hacerle una cosa así!

Después de la llantina, se había dedicado a recorrer la casa y a torturarse con un sinfín de preguntas. ¿Había habido indicios? ¿Tendría que haberlo intuido? ¿O estaba equivocada y solo se trataba de un beso de lo más inocente?

No, ese beso era de todo menos inocente. Y sinceramente, la nave de su matrimonio llevaba ya mucho tiempo escorada, a la espera de una ráfaga de viento que la hiciera zozobrar.

Le pasaron mil maldiciones por la cabeza. Reproches, amenazas, insultos, exigencias. Pero luego, cuando apareció Philipp con las llaves en la mano, se le había pasado el propósito de montarle un número. A cambio, se limitó a mirarle y a preguntarle imperturbablemente quién era la mujer a la que estaba abrazando tan apasionadamente.

—Cariño, yo... ella...

Cuando le aseguró que solo se trataba de una conocida, no le prestó el menor crédito. Uno de los dones de Diana era reconocer las mentiras. Ya desde pequeña sabía siempre quién no le decía la verdad. A veces, incluso había pillado a su tía abuela Emmely ocultándole algo.

—¡Lárgate! —fue la única palabra que logró decirle.

Lárgate. Luego dio media vuelta y se dirigió al invernadero. Mientras veía su imagen reflejada en el espejo y miraba hacia el jardín iluminado por la luna, oyó a su espalda cómo se cerraba la puerta.

Ese habría sido el momento ideal para irse a la cama y consultar sus penas con la almohada. Pero Diana reaccionó de otra manera.

Ahora a ella misma le escandalizaba su reacción. Hasta entonces nunca había perdido los estribos de aquella forma. Lo primero que hizo fue arrojar un jarrón contra la pared. A continuación, llegó el turno de las sillas del rincón del comedor. Con todas sus fuerzas las lanzó por la habitación, rompiendo a su paso la mesa baja de cristal junto al sofá y la vitrina que albergaba los premios de Philipp. También habían alcanzado a una botella de whisky de malta, cuyo contenido había absorbido la alfombra.

Más me valdría habérmela bebido, pensó sarcásticamente. Así no tendría que explicarles a los del seguro lo que ha pasado aquí.

Los cristales le lanzaban feroces destellos y crujían bajo sus zapatos mientras atravesaba la habitación. Un baño restablecería el equilibrio de su alma y le brindaría la posibilidad de ordenar sus sentimientos.

Después de desnudarse, se miró en el espejo y se sintió ridícula. ¿Era necesario que se preguntara qué tendría la otra que ella no tuviera?

Aunque tenía treinta y seis años, no los aparentaba; los que no la conocían le echaban veintiocho o veintinueve. Aún no le habían salido las canas con las que, según la publicidad, había que contar a partir de los treinta y cinco. Su melena negra e inmaculada le caía por los hombros, que habían adquirido, como los brazos, el tono dorado del verano que tanto envidiaban sus empleadas y sus amigas. El resto de su cuerpo, no en forma pero sí esbelto, ofrecía un tono más claro y reclamaba una estancia en la playa para poder igualarse a los brazos.

Vacaciones, pensó mientras suspiraba, al entrar en la cabina de la ducha. Tal vez debería hacer un viaje para olvidarme de toda esta penuria.

Bajo el chorro templado de la ducha recobró los sentidos, pero por desgracia también el ardor que le producían los nervios en la boca del estómago. Quizá el agua lavara las huellas que la noche pasada había dejado en su piel y en su pelo, pero no las borraba del todo.

Al principio, Diana quiso ignorar los timbrazos del teléfono. Sería Philipp, que le vendría con alguna disculpa tonta. O, en el peor de los casos, quizá le preguntara cómo se sentía. Como había desconectado el móvil, su marido no tenía otra posibilidad de dar con ella.

Al ver que el teléfono no dejaba de sonar, se le pasó por la cabeza que podía ser Eva Menzel, su socia del bufete de abogados, de modo que salió del cuarto de baño envuelta en una suave toalla azul y fue al pasillo, donde descolgó el auricular. Si es Eva, puedo decirle que hoy no apareceré por el despacho.

–Wagenbach –dijo al aparato.

–¿La señora Wagenbach? –preguntó una voz con acento extranjero.

Sorprendida, se quedó sin aire.

–¿Señor Green?

El mayordomo de su tía se lo confirmó en un alemán chapurreado, por lo que Diana empezó a hablar con él en inglés.

–Me alegro de oírle, señor Green. ¿Va todo bien?

¿Cuánto tiempo hacía que no hablaba con su tía? O con el mayordomo, que actuaba como una especie de mediador y le sostenía el auricular a la tía Emmely, cuyos brazos no le respondían bien desde que padeció un ataque de apoplejía.

–Me temo que no tengo noticias demasiado buenas para usted.

A Diana sus palabras le sentaron como un puñetazo en el estómago.

–Por favor, señor Green, no me torture y dígame qué ha pasado.

El mayordomo dudó un momento antes de atreverse a pronunciar lo inevitable.

–Por desgracia, su tía sufrió hace dos días otro ataque de apoplejía. Se encuentra ingresada en el Hospital Saint James de Londres, pero los médicos no saben cuánto tiempo aguantará.

Diana se llevó la mano a la boca y cerró los ojos, como si de esta manera pudiera bloquear la mala noticia. Pero ya se le había grabado la imagen en la memoria: una mujer mayor cuyo pelo

rubicundo iba adquiriendo paulatinamente el color de la nieve. Una sonrisa bondadosa en sus labios fruncidos. ¿Cuántos años tenía la tía Emmely? ¿Ochenta y seis u ochenta y siete? La abuela de Diana, prima segunda de Emmely, que había nacido más o menos al mismo tiempo, llevaba ya muchos años muerta.

—¿Señora Wagenbach? —La voz del señor Green disipó como una ventolera los últimos pensamientos de Diana.

—Sí, sigo al aparato. Es que me he quedado de piedra. ¿Cómo pudo pasar?

—Su tía tiene una edad avanzada, señora Wagenbach, y la vida no siempre la ha tratado bien, si se me permite emitir un juicio. Mi madre solía decir que las personas son como los juguetes, que tarde o temprano acaban por romperse. —Hizo una pausa, como si estuviera imaginando a su madre—. Debería venir. La señora me ha encargado que le diga que venga mientras aún esté algo consciente.

—¿De manera que ha hablado con ella?

En Diana brotó una pequeña y absurda chispa de esperanza. A lo mejor los médicos conseguían curarla. ¿No se decía que uno no moría hasta el tercer ataque de apoplejía?

—Sí, pero está muy débil. Si desea cumplir su deseo, debería venir, a ser posible, hoy mismo. Si se decide a hacerlo, la recogeré yo personalmente en el aeropuerto.

—Sí, iré... Solo tengo que mirar a qué hora sale el siguiente avión y si queda una plaza libre.

—De acuerdo —respondió el mayordomo—. ¿Sería usted tan amable de comunicarme por correo electrónico a qué hora llega exactamente? No me gustaría hacerla esperar en mitad de la lluvia.

—Muy amable por su parte, señor Green. En cuanto sepa el número de vuelo, le enviaré un correo.

De nuevo se hizo una breve pausa. Al otro lado de la línea se oyó un chisporroteo. ¿Se habría cortado la comunicación?

—De verdad que lo siento mucho, señora Wagenbach. Lo dispondré todo de modo que tenga aquí una estancia agradable.

—Muy amable, señor Green. Muchas gracias y hasta luego.

Al colgar, antes que nada se sentó. Naturalmente, no en mitad de los cristales rotos, sino en la cocina. En casa de Emmely también se sentaba siempre en la cocina, cuando iba a visitarla con su madre, Johanna.

Johanna había tenido una relación muy especial con Emmely; no en vano, la había criado después de que su propia madre muriera al nacer ella en medio del caos del final de la guerra. A Beatrice solo la conocía por una foto amarillenta, sacada poco antes de que naciera Johanna. Diana nunca había entendido por qué Emmely, que no tenía hijos, no había adoptado a su madre.

Al oír que daba la hora el reloj del salón, un regalo que Philipp le había traído de Chequia y que ella odiaba pero soportaba por él, recordó que el tiempo pasaba y los aviones no esperaban.

Aunque el disgusto se le agarraba al estómago, y pese a la tiritona que le recorría todo el cuerpo, no tardó más de cinco minutos en vestirse. Eligió ropa cómoda: unos vaqueros, una blusa de manga corta y un fino jersey de punto de color granate por si acaso refrescaba. Se recogió la negra melena rizada en una coleta. Por esta vez prescindió del maquillaje. La práctica que había adquirido en sus numerosos viajes de negocios le ayudó a hacer la maleta en un santiamén. Tampoco metió demasiadas cosas: una blusa de muda, una falda y un cepillo de dientes. Y también el portátil, un cuaderno y, naturalmente, cables y cargadores. Cerca de Tremayne House había un pueblo pequeño que ofrecía todo lo que pudieron necesitar los excursionistas de la zona. Mientras llevara consigo el monedero y la documentación, lo demás podría comprarlo.

Al llegar a la puerta, echó un último vistazo al desorden que dejaba atrás. Los pedacitos de cristal brillaban como diamantes a la luz del sol. Que los recoja Philipp, pensó, y en el fondo se alegró de no haber dejado una nota, como hacía cada vez que tenía que irse urgentemente a alguna parte.

Fuera, se montó en su Mini rojo, que tan buen servicio le hacía cuando se atascaba el tráfico en Berlín, y al poco rato enfiló la autovía en dirección al aeropuerto.

Casi al mismo tiempo, el señor Green se dirigía a una estantería de libros que había en el despacho del anterior señor. Su señora le había dado unas instrucciones muy precisas para el caso de que falleciera. Debía encargarse de que Diana lo encontrara. El secreto.

Él no lo conocía. Después de tantos años de servicio en Tremayne House había dejado de sentir curiosidad, si bien tenía que reconocer que desde el primer día había notado que la casa ocultaba algo. Y quién sabe, a lo mejor, pocos años antes de jubilarse, aún podía ser testigo de un descubrimiento revelador.

Hacía un año la señora Woodhouse le había empezado a hablar del rompecabezas de las pistas. En aquella ocasión, ella creyó que el ángel de la muerte se hallaba ya ante su puerta. Pero Dios le había concedido más tiempo, el suficiente para ir dejando rastros. Una foto aquí, una carta allá... Esta última, dentro de un libro que naturalmente, a ojos de la interesada, debía pasar desapercibido entre los que lo rodeaban. Eso la ayudará a superar mi muerte, opinaba la señora. Aunque Diana llevaba años sin dejarse ver, la señora Woodhouse nunca dudó del amor y de la lealtad de la chica, que ocupaba en su corazón el lugar de una nieta.

El señor Green buscaba en la estantería un título muy concreto. Desde la muerte de la anciana señora Deidre, la madre de Emmely Woodhouse, no se había alterado el orden de los libros. Ni siquiera durante la guerra, que lo dejó todo patas arriba, se cambió de sitio ningún libro.

¡Ah, ahí estaba! Encuadernación verde, letra dorada desgastada. Un libro que parecía haber sido colocado allí al azar. Pero, para quien conociera el ejemplar, saltaba claramente a la vista. Por si acaso la visitante estaba demasiado triste como para

pensar con claridad, el mayordomo lo extrajo un poco, un trocito que no llegaba a un dedo. El ruido que hizo sonó como el suspiro de alivio de un moribundo que por fin puede pasar a mejor vida.

El señor Green retiró la mano y contempló satisfecho su obra. Cuando la luz vespertina entrara por los ventanales, aunque el cielo estuviera nublado, este libro llamaría sin duda la atención de la interesada.